

EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO

Año IV

7 de febrero de 1891

Núm. 171



PRÍNCIPES DE BIRMANIA

Ayuntamiento de Madrid

UN RATO DE CHARLA



UN es tiempo para hablar del frío que nos martirizó en enero. De fijo será inolvidable para todos vosotros, porque dudo que en vuestra vida llegue á darse otro igual.

¡Frío odioso, inhumano! ¡Cuántas víctimas causaste!

La verdad es que en esta bola que habitamos se está pésimamente: unas veces por el calor, otras veces por el poco calor (ya que según los sabios el frío no existe), ello es que, como el personaje de la zarzuela prehistórica *Las Amazonas del Tormes*, podemos decir con perfecta justificación:

Aquí se está muy mal.

Sí: se está muy mal, muy mal, muy mal. ¡Vaya si se está mal!

El frío de este año ha sido una de las bromas más pesadas con que se ha divertido á nuestra costa la Naturaleza implacable. Si á lo menos hubiesen aparecido algunos volcanes (en parte donde resultasen inofensivos, por supuesto), menos mal; pero ¡que si quieres!

¡Dichoso el que no ha tenido frío; dichoso el que, abrigado en un buen gabán de pieles, alfombrada la casa con tapices de medio palmo de grosor, encendida la chimenea, hirvientes los chuberskys, ha podido salir de su domicilio en confortable coche bien provisto de caloríferos! Pero esos han sido la excepción, y la generalidad ha debido soplarle los dedos, y no de gusto.

Algunos han pagado con la vida la necesidad de ganársela, ora atravesando los puertos bloqueados por la nieve, ora implorando la caridad pública; otros han muerto por no poder resistir la inclemencia del tiempo: total, que el número de víctimas ha sido infinitamente superior al de los bien hallados con la horrible temperatura de que por fin nos hemos librado.

En semejantes circunstancias siento convertirme en un San Juan Crisóstomo, menos la elocuencia. Me dirijo á los ricos, les increpo, les apostrofo, me acuerdo de San Martín, de San Juan de Dios, de San Vicente de Paul; y quisiera que el Gobierno, dejándose de *trabajos electorales*, dedicara toda su atención á remediar la suerte de las clases menesterosas, sin andarse en chiquitas, sin miedo á morirle de *empacho de legalidad*.

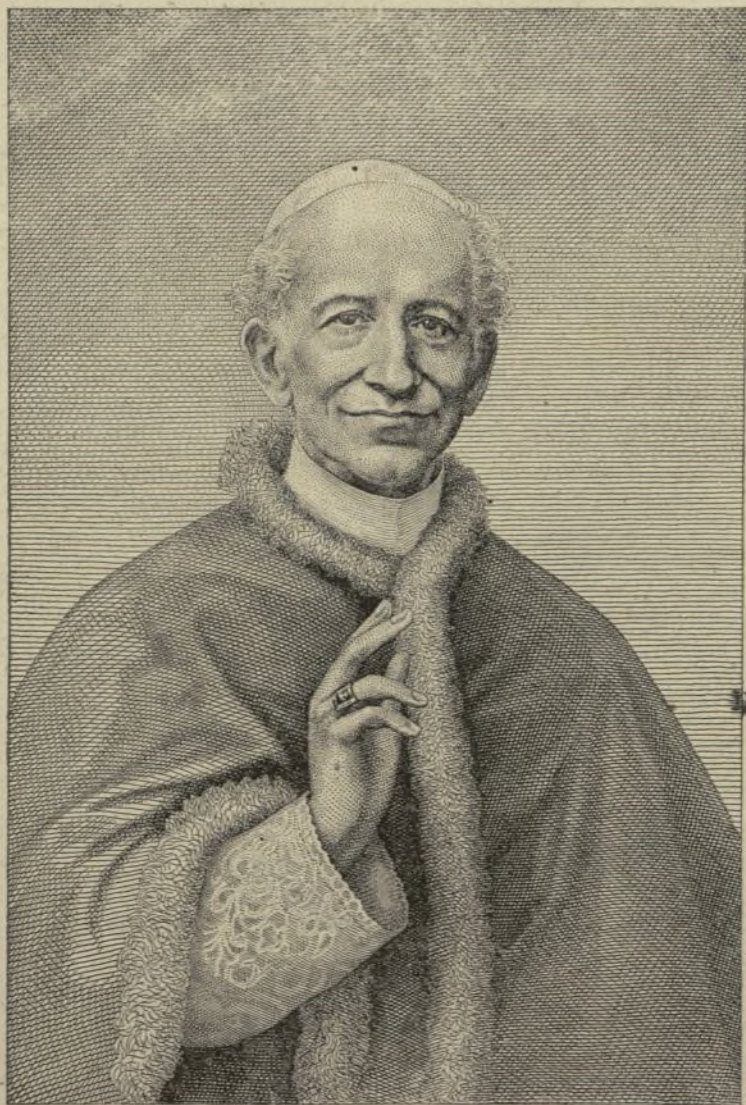
La libertad individual es una gran cosa, pero no sé si tan grande como impedir que se muera de frío la pobre gente. La caridad privada no basta: es preciso que la ad-mi-nis-tra-ción tome cartas en el asunto.

Veo que en París se ha hecho bastante en este particular, y bien se hubiera podido hacer aquí.

¿Hay situación más horrible que la de una familia sin abrigo,

Ayuntamiento de Madrid

sin pan, sin hogar quizás, en estas espantosas noches de helada por que hemos atravesado? La cosa toma las proporciones de una verdadera cuestión social.



S. S. el Papa León X^{II}

Yo, si fuera ministro, separaría cada año una gran cantidad de leña (de los bosques del Estado) para dársela á los pobres; compraría trigo, vino y ganados para repartirlos á los susodichos; y mandaría confeccionar algunos miles de trajes de paño para regalarlos á los que no lo tuvieran.

Ayuntamiento de Madrid

Esto podía costar diez ó doce millones. Y ¿qué son diez ó doce millones para nosotros, que gastamos *la mar* en la marina?

Un país se puede pasar perfectamente sin *sufragio universal*, pero no puede pasarse sin pan, sin ropa y sin fuego.

Y de eso, á la verdad, hablan poco los *candidatos* á que me refería en mi *charla* anterior, y aun de lo poco que han hablado se podría decir aquello de que «una cosa es predicar y otra dar trigo.»

Y si no han pasado ya los tiempos de las predicaciones, venga Dios y véalo. Desde la memorable noche del 24 de setiembre de 1808, en que inauguraron sus tareas las Cortes españolas en la isla de León, venimos dando vueltas á la noria del parlamentarismo, sin que todavía se haya puesto en claro si es *higo* ó *higa*. Otra clase de cuestiones son las que deben estar sobre el tapete, ó, si se quiere, sobre la *mesa*. Basta de matemáticas políticas, basta de derechos escritos en el papel, y á otra cosa: el problema más urgente consiste en que la gente no se muera de hambre y frío.

Siempre vuestro,

ANTOÑITO

RAYO DE LUNA

(CUENTO JAPONÉS)

Como el invierno se había presentado excesivamente riguroso, las ventanas del cuarto que por lo regular ocupaba el buen rey japonés Kiptán se hallaban herméticamente cerradas, ocultando á su vista el jardín que rodeaba su palacio, en verano primorosamente cultivado y á la sazón convertido en verdadero erial.

Holgada túnica de lujoso brocado recamado de oro presta dulce y confortador abrigo al rey. En una de sus mangas brillan cinco estrellas de diamantes: es la divisa de la ilustre casa de Kiptán, la primera y más respetada de todas las islas del Japón.

Sí, este príncipe, que reflexivo y melancólico se ocultaba en el fondo de su real morada, era el más poderoso, el más rico, el más celebrado de su imperio. El pueblo le respetaba y le temía; sus vasallos hubieran sacrificado, sin vacilar, su vida por él; sus deseos eran leyes irrevocables para cuantos le rodeaban; y, sin embargo, este príncipe, tan querido y adorado, se consideraba un miserable, un desdichado, un ser digno de universal conmiseración. Hacía días que una idea tenaz y abrumadora andaba dando vueltas por su cerebro sin que consiguiera darle forma ni color. Se aproximaba el cumpleaños de su hija, buscaba un medio nuevo y original para agasajarla; pero no se le ocurría ni daba con la anhelada solución.

Es verdad que la princesa, que estaba para cumplir sus diez y seis años, poseía cuanto humanamente se podía poseer: joyas preciosas, trajes riquísimos, libros selectos, pájaros maravillosos, peces de doradas escamas, perros

Ayuntamiento de Madrid



La oración al acostarse

de diversas castas, ciervos, caballos, palacios, y un sin fin de raras preciosidades mandadas á buscar á los más lejanos países para contento y solaz de su alteza real.

El rey se devanaba, pues, en vano los sesos, buscando una idea, una sor-

Ayuntamiento de Madrid

presa feliz. Las horas y los días trascurrían, y el amante padre no sabía ya qué discurrir ni qué pensar.

En sus desalientos,

—¡De qué me sirve ser rey!—exclamaba.—¡Qué menguado y engañoso es el alcance de mi poder!

Contrariado por lo estéril de sus ideas, dejó vagar su mirada á través de los cristales de la ventana de su habitación: los árboles del jardín estaban completamente despojados de hojas, el cielo gris, el piso blando y salpicado por grandes copos de nieve.

—Pero ¿qué podría desear mi hija?—se preguntó.

Nervioso y febril, se levantó de su sitio; y, tirando de una anilla de oro que sostenía entre sus dientes un soberbio león de bronce, abriéronse instantáneamente las puertas de la estancia de par en par.

Un oficial de la guardia se presentó á recibir órdenes.

—Que prevengan á la princesa que voy á verla,—exclamó el rey.

El oficial se inclinó reverentemente, y, á los pocos instantes, guardias, pajes y altos servidores formaban en las salas y pasillos que debía atravesar el rey para entrar al cuarto de su hija.

Este se hallaba al extremo opuesto del palacio.

Blanca, según costumbre del país, se hallaba sentada en el pavimento de mármol rosa de su habitación. Los pliegues de sus magníficas ropas, artísticamente plegadas, formaban grandes abanicos, alternando con otras caprichosas combinaciones de ricas y lujosas telas, dominando entre ellas el raso azul pálido con ligeros bordados negros, figurando una red de estrellas entre cuyas mallas iban prendidos delicados capullos de rosas.

La princesa era muy linda y de una palidez tan aristocrática que los cortesanos dieron en llamarla *Rayo de Luna*.

Las señoritas de honor formaban medio círculo en torno de la princesa. Frente de ellas, y detrás de una ligera balaustrada de alabastro, una bailarina ceñida en holgada túnica de tisú rosa, cubierta la cabeza por un pequeño gorro rematado con una campana de oro, danzaba lentamente, dándose al mismo tiempo aire con un abanico de plumas de pavo real. Una orquesta compuesta por hábiles profesores acompañaba con sus acordes el fantástico y caprichoso baile.

Al penetrar el rey en la sala, la orquesta cambió los acordes de la danza por los de la marcha real. Blanca inclinó su frente hacia el suelo, levantándose luego para ir al encuentro de su padre.

Este le sonrió con gran ternura, abrió los brazos y estrechó efusivamente entre ellos á *Rayo de Luna*, preguntándole con gran cariño:

—¿Eres feliz, hija mía?

—¡Ah! ¡Príncipe ilustre! ¡Padre querido!—contestó entonces la princesa.

—¡Cómo es posible que sea feliz cuando la tierra sufre y padece! ¡Cómo sonreír cuando llora el cielo! Los dioses son sobrado crueles: á ser justos, no

deberían consentir el invierno. Por añadidura, ya veis, está nevando. ¡Ay, padre! Casi me considero, como un ser desterrado, como planta próxima á morir, falta de luz y de sol.

—Y ¿qué podría yo darte para mitigar tus melancolías?—preguntó conmovido Kiptán.

—Nada,—repuso *Rayo de Luna*;—lo que ambiciono, tú no me lo podrías dar.

—Soy rey: nadie en mis estados puede lo que yo.

—Tú puedes lo que los demás hombres: el poder de la realeza es un sueño nada más.

—Pero ¿qué deseas?

—La llegada de la primavera. Eso, aun siendo rey, no puedes anticiparlo tú.

El rey movió tristemente la cabeza, abrazó á su hija y salió de la habitación.

—Mi hija tiene razón,—se dijo;—el curso de las estaciones no puedo adelantarlo ni retrasarlo yo.

El día declinaba: al otro día era el destinado para ofrecer el obsequio á su hija.

¿Qué haría?

Al discurrir así, su tristeza se trocó en ira terrible. Tiró otra vez de la anilla de oro, dando orden de que inmediatamente se hiciera pasar á su primer ministro.

*
*
*

Altamente preocupado por la expresión poco tranquilizadora del semblante del rey, *Taï Daï*, se presentó á la regia cámara á recibir órdenes. El rey lo miró impasible, guardando unos instantes de silencio. Luego, con acento áspero y airada expresión,

—Mañana es el cumpleaños de mi hija,—exclamó.—En obsequio suyo quiero que, al amanecer, los árboles y parterres del jardín se hallen como en plena primavera. Como mi primer ministro, quedáis encargado de dar inmediato cumplimiento á esta mi real disposición.

—Señor, seréis obedecido,—contestó *Taï-Daï* saliendo de la sala al estilo musulmán.

Pero, una vez fuera de la presencia del tirano, aterrado y lleno de consternación,

—¡Bonito porvenir me espera!—pensó.—¡El destierro, la muerte quizás! ¿Qué habré hecho, infeliz de mí, para caer en desgracia? Nada: tengo completa seguridad de que siempre he cumplido fielmente con mi deber.

Luego quedó pensativo durante unos momentos, agobiado por mil contrarias ideas: su cabeza se inclinó sobre su pecho como pesada bala de plomo. De pronto sacudióla con arrogancia, echando á andar con paso firme y resuelto.

Ayuntamiento de Madrid



MIRANDO EL ÁLBUM
Ayuntamiento de Madrid



NIÑOS SEVILLANOS EN CARNAVAL
Ayuntamiento de Madrid

—¡Valor!—exclamó.—¡Seamos dignos de nuestra heroica raza! Un japonés jamás tiembla ante el peligro, aunque el desenlace de este peligro sea la muerte. Mi espada acabará con mi desgracia: por mi propia mano voy á segar mi garganta.

Resuelto y animoso, tiró de su espada; mas, al ver los centelleos siniestros de su brillante hoja, un frío de muerte le hizo estremecer.

—¿Por qué he de morir?—se dijo entonces.—¡Si pudiera dar á lo menos con alguna solución feliz! Pero ¿cómo les digo yo á los árboles: «—Vestíos con vuestras mejores galas, echad vistosas y brillantes flores, obrad un milagro: de lo contrario me vais á perder»? No, mi suerte está ya echada: en cuanto amanezca, moriré.

Sin pérdida de tiempo reunió el consejo, comunicando á sus compañeros de gabinete la extraña orden que había recibido de su soberano.

—Esta orden,—dijo,—debe ser ejecutada sin pérdida de tiempo: de lo contrario están seriamente amenazadas nuestras cabezas. El rey está de un humor infernal y parece dispuesto á descargar sus furores contra el ministerio. Escuchad y empapaos bien de la idea que acaba de ocurrirme, que es la que más probabilidades nos ofrece de salvación. Es preciso que, á una legua á la redonda, hombres y mujeres, muchachas y mozos, niños y ancianos, nobles mercaderes y payeses, con seda, raso, terciopelo, papel ó lo que sea, se pongan inmediatamente á cortar hojas y á montar flores. Asegurad á todo el mundo que nadie perderá nada; pero antes que llegue el alba, los parterres, los árboles, parques y bosques del real palacio deben de presentar un aspecto verdaderamente primaveral. Que se busque asimismo á todos los pintores para que se encarguen de dirigir la ornamentación. Yo velaré por todos, cuidando de procurar cuanto sea necesario para el mejor éxito de nuestra tentativa. La conservación de nuestra vida bien vale un supremo esfuerzo. Dispondréis asimismo de todo el ejército. Nadie debe dormir ni comer esta noche. Nada más tengo que deciros. Ahora á cumplir mi mandato, y todo el mundo á trabajar.

Sin objetar la más leve observación, los ministros se retiraron, dispuestos á ejecutar las órdenes que acababan de transmitirles de parte del rey.

*
**

Una hora después no había en la capital ni un solo palacio, ni una sola casa, ni en el campo una choza, donde no se trabajase con febril actividad. En el interior del real palacio reinaba una calma sepulcral. En sus parques y jardines observábase, en cambio, inusitado movimiento: millares de linternas, esparcidas por doquier, semejaban estrellas de oro prendidas en nevado armiño. Los soldados iban colocando hojas en los árboles, y los más expertos cuidaban del arreglo de los parterres; los pintores decoraban las perspectivas más visibles; no dándose nadie punto de reposo para el mejor desempeño de su deber.

*
**

Al otro día los acordes de una orquesta y los ecos de un nutrido coro despertaron á la princesa, la cual, vistiéndose con gran negligencia,

—¡Ah! Es verdad,—dijo;—hoy es mi cumpleaños. ¡Qué día tan triste! ¿Por qué nacería yo en invierno?



Balle de trajes

Una de sus damas abrió los postigos de la ventana, exclamando con gran alegría:

—Hace un hermoso día, princesa.

Y así era en efecto: el cielo, como cortesano palatino, se había revestido con su ropaje de gala: ni una nube, ni la más leve mancha, empañaba su azul y trasparente diafanidad.

Andando perezosamente, la princesa llegó hasta la terraza, inclinándose contra la balaustrada. Paseó su vista asombrada por los jardines, y un grito de sorpresa y admiración escapó de sus labios.

Ayuntamiento de Madrid

¿Qué era lo que estaba viendo? Los árboles revestidos de lozanas hojas, las plantas ostentando recién abiertas flores, pájaros cruzando el espacio, mariposas despidiendo una lluvia de dorado polvo de sus finas y etéreas alas. *Rayo de Luna* llevó las manos á sus ojos, frotándoselos con violencia: se creía presa de un dorado sueño. Sin embargo, no era así: lo que estaba mirando era la realidad tangente, positiva, cabal.

—Pero ¿es esto posible?—gritó dando expansión á su asombro.—¡Esto no es un sueño! ¡Es un milagro, un prodigio!

Entretanto por todas las avenidas del jardín iban llegando personajes á palacio á fin de complimentar á la princesa por la fiesta que se celebraba. La princesa recibió los homenajes de sus súbditos con sin igual alegría, y, al ver entre los primeros al rey, se arrojó en sus brazos exclamando:

—No eres sólo padre, no eres el más poderoso rey: ¡eres un dios!

El rey, visiblemente conmovido, propuso á su hija un paseo por el parque del palacio, lo que fué aceptado con verdadero júbilo por *Rayo de Luna*.

La princesa y sus damas ocuparon un lujoso carruaje. El rey, montado en soberbio alazán, daba escolta á su hija, siguiéndoles á algunos pasos un caballero en brioso caballo, el primer ministro, grave, silencioso y disfrutando interiormente el éxito colosal de su aventurada idea.

Era un prodigio lo que se había obrado en aquellos jardines. Al contemplar su brillante perspectiva, la ilusión era completa. La princesa quedaba vencida y derrotada por la industria: el arte había dominado la realidad. Para colmo de maravillas, de todos los ámbitos del jardín partían unos perfumes selectos é incomparables: todo se había previsto; y la gran profusión de pebeteros ocultos cuidadosamente entre los arbustos eran los que despedían el exquisito olor.

*
* *

Atraídos por las magnificencias que descubrían, el paseo se prolongó más de lo regular. Advertido por Kiptán, dispuso el regreso á palacio; pero su hija le hizo observar su deseo de regresar por distintos senderos: deseaba volver por el bosque.

El rey consultó con el primer ministro, y éste, sin abandonar su serenidad, se dispuso á indicarles por dónde debían tomar. La vuelta ofrecía para *Rayo de Luna* mayores encantos que la ida: aquellos bosquecillos de cedros y palmeras no tenían igual. De pronto fijó su atención en una hermosa planta de camelias rosa que ostentaba entre sus hojas de esmeralda una preciosa flor.

Rayo de Luna mandó parar á la comitiva, y

—Yo quiero llevar aquella flor conmigo,—exclamó.

El rey miró al ministro con inquietud, murmurando á su oído:

—¡Nuestra farsa va á ser descubierta! ¡Todo se ha perdido ya!

Pero el ministro ni perdió el color ni tembló.

Ayuntamiento de Madrid

—Permitidme que tenga el honor de ir á coger la flor para vuestra hija,—dijo inclinándose respetuosamente ante el rey.

Y, sin añadir palabra, picó espuelas á su caballo, internóse dentro del bosque, volviendo á aparecer á los pocos instantes, llevando en su mano la codiciada flor.

La princesa la recogió con infantil complacencia, la llevó á sus labios, la cubrió de besos y la prendió en su pecho con gran cariño y precaución. El rey, por su parte, daba muestras de gran satisfacción: su hija se sentía contenta, y para el amoroso monarca esto era el colmo de la felicidad.

Al ver la complacencia del soberano, las damas de honor que acompañaban á *Rayo de Luna* manifestaron su deseo de poseer una flor igual. La pretensión era más que atrevida, y Kiptán miró á su ministro con tanta desconfianza como temor. El ministro, sin embargo, hizo una señal á un guarda del jardín, el cual, alejándose por breves momentos, compareció luego conduciendo un carro atestado de flores. Todas las estufas habían sido despojadas de sus macetas ante

la eventualidad de una caprichada real. Ante tan espléndida prodigiosidad, el rey no quedó menos asombrado que las damas de compañía de su hija; pero de pronto una nube de tristeza oscureció su serena frente, su semblante se contrajo y la melancolía más profunda dejó impresas sus huellas en él.

Dirigiéndose á su ministro,

—Tú eres un hombre verdaderamente extraordinario,—le dijo.—Acabas de prestarme un importantísimo favor. Sin embargo, una pena horrible acaba de asaltarme: el año próximo ¿qué sorpresa podré dar á mi hija? Después de la de hoy, nada puede complacerla ya.

En tanto que el rey hablaba de esta suerte con Taï-Daï, *Rayo de Luna* se apeaba de su coche en el preciso momento que Solimán, el hijo del rey Solim, entraba en palacio, acompañado de su brillante corte, á fin de cumplimentar á la princesa. El príncipe era un joven arrogante, esbelto, gallardo y de apos-tura sumamente varonil. A pesar de su juventud había hecho ya grandes



Skating-ring

proezas, y su nombre era querido y respetado en el vasto imperio que un día había de gobernar. A pesar de su serenidad y presencia de ánimo, al ver á la princesa palideció extraordinariamente, no acertando á articular palabra. *Rayo de Luna* sintió, en cambio, abrasarse su rostro por vivas llamaradas de rubor. El ministro se fijó en la turbación de los príncipes, y, haciéndolo notar al rey,

—Cuando vuestra hija cumpla sus diez y siete años,—exclamó,—dadle por esposo el arrogante príncipe que está hablando con ella. Es un presente que le será mucho más grato que la primavera que acabamos de simular.

El rey presentó entonces á Tai-Dai una llave de oro con incrustaciones de hierro, y, con gran afectuosidad,

—Guárdala,—le dijo.—Es la llave de mis tesoros. Con tu habilidad y perspicacia acabas de salvar el que más quería mi alma. En cambio, te cedo el que hasta hoy ha pertenecido á la corona.

Tai-Dai fué desde entonces un ministro tan considerado como feliz, aumentando su dicha el día que *Rayo de Luna* abandonó el palacio de su padre para ir á compartir un trono con el príncipe Solimán.

BENJAMÍN

NUESTROS GRABADOS

PRÍNCIPES DE BIRMANIA

Esos pobres príncipes pueden darse mucha importancia si quieren, pero puramente nominal, pues allí mandan los ingleses. Esos señores acostumbraban, sin embargo, á dejar sus vanos títulos á los que desposeen, quedándose ellos con la soberanía efectiva.

S. S. EL PAPA LEÓN XIII

Honramos hoy las páginas de este semanario con el retrato de S. S. el Papa León XIII, gloria del Pontificado, modelo de virtudes, á quien tantos beneficios deben así la cristiandad entera como los amigos de la paz.

LA ORACIÓN AL ACOSTARSE

Tierna escena la representada por el artista: dos inocentes criaturitas que rezan fervorosamente antes de acostarse, rogando por el alma de su pobre madre. El contraste entre la actitud reflexiva de la mayorcita y el inocente abandono del chiquitín revela en el autor un talento de observación muy notable.

MIRANDO EL ÁLBUM

Dos niños muy quietecitos, nada alborotadores, juiciosos y deseosos de aprender. Ahí están que se les puede ver sin el empaque de cuando se trata de retratarles, en una posición naturalísima y no por eso menos bonitos que cuando van vestidos de pontifical.

Ayuntamiento de Madrid

NIÑOS SEVILLANOS EN CARNAVAL

Lindísimo y monísimo grupo que sólo es posible admirar en nuestra España, y más especialmente en Sevilla. Nada más gracioso que esa caterva de chiquillos tan bonitamente disfrazados.

BAILE DE TRAJES

Estamos en Carnaval, y el grabado es, por lo mismo, de circunstancias. Á pesar de lo que predicán muchos, no se desarraiga la costumbre de los bailes infantiles.

SKATING-RING

Diversión, por fortuna, rara en nuestro país, aunque yo he visto patinar alguna vez en el estanque del Retiro. En cuanto á lo que dicen suponiendo que hay patinadores tan hábiles que saben escribir sus nombres, parece pura fábula. El único caso auténtico es el de un barón que se llamaba O.

CUENTOS RUSOS

(Conclusión)

Iván hizo salir los cuadrúpedos, y, apenas estuvieron fuera, enderezaron las colas y fueron á precipitarse en el mar azul, en cuyas aguas se sumergieron hasta el cuello. El príncipe, sentándose, como las otras veces, en una piedra, lloró hasta que le hubo vencido el sueño; pero cuando el sol iba á ocultarse en el horizonte, llegó una abeja volando y dijo á Iván:

—Levántate, príncipe, que ya tienes las yeguas juntas; pero cuando llegues á casa arréglate de modo que la Baba-Yaga no pueda fijar en ti la vista. Para esto entra en la cuadra, y, una vez allí, ocúltate detras del pesebre. Entonces verás un potro que se revuelca en el estiércol: apodérate de él y huye de la casa en el silencio de la noche.

Iván cumplió en todas sus partes las instrucciones recibidas. Introdujose en la cuadra y ocultose detrás del pesebre, mientras que la Baba-Yaga apostrofaba á sus yeguas.

—¿Por qué habéis vuelto?—les decía.

—No hemos podido evitarlo,—respondieron,—porque de todas partes del mundo llegaron innumerables abejas que nos daban furiosas picadas.

La Baba-Yaga se fué á dormir, y en el silencio de la noche el príncipe Iván se apoderó del potro, ensillóle, montó de un salto y se dirigió hacia el río de las llamas. Llegado cerca de la orilla, agitó el pañuelo tres veces con la diestra, y de repente vió surgir del río, como por ensalmo, un magnífico puente de prodigiosa altura. Iván cruzó por allí, y, agitando después el pañuelo sólo dos veces con la mano izquierda, el puente desapareció, quedando en su lugar otro sumamente frágil.

Ayuntamiento de Madrid

Cuando la Baba-Yaga se levantó á la mañana siguiente, echó de ver al punto la falta del potro, y sin perder momento lanzóse en persecución de Iván, montada en su mortero de hierro y barriendo con una escoba toda señal de sus huellas. Muy pronto llegó al río de las llamas; mas, apenas hubo llegado á la mitad del puente, rompióse éste en dos partes y la Baba-Yaga cayó en el fuego, donde le esperaba una cruelísima muerte.

El príncipe Iván engordó al potro, dejándole pacer en las verdes praderas, de modo que no tardó en convertirse en un maravilloso corcel. Entonces Iván corrió en busca de María Morewna, que al verle llegar arrojóse en sus brazos, exclamando:

—¿Por qué medios te ha permitido Dios recobrar la vida?

Iván refirió cuanto le había pasado é invitó á María á seguirle.

—Tengo miedo, Iván,—contestó María,—pues si Koshchei nos coge volverá á hacerte pedazos.

—No nos alcanzará, pues ahora tengo un corcel maravilloso que vuela como un pájaro.

Iván y la princesa montaron al punto y el caballo emprendió la marcha.

Poco después Koshchei el Inmortal regresaba á su palacio, cuando de improviso su corcel tropezó.

—¿Por qué tropiezas?—le dijo su amo.—¿Olfateas algún peligro?

—El príncipe Iván ha vuelto y se ha llevado á María Morewna.

—¿Podemos alcanzarlos?

—Sólo Dios lo sabe, pues el príncipe Iván tiene un caballo mejor que yo.

—Pues no puedo consentir que esto quede así,—dijo Koshchei el Inmortal;—quiero perseguirlos.

Al cabo de algún tiempo Koshchei alcanzó al príncipe Iván, apeóse al punto, y ya iba á despedazarle con su cortante espada, cuando en el mismo instante el caballo del príncipe descargó tan furioso par de coces en la frente del perseguidor, que le destrozó el cráneo, mientras que Iván remataba á su enemigo con un golpe de su maza. Hecho esto, Iván formó un montón de leña, como una especie de pira, y quemó á Koshchei el Inmortal, aventando después sus cenizas. Entonces María Morewna montó el caballo de Koshchei, é Iván el suyo propio, y fueron á visitar al Cuervo, al Aguila y al brillante Halcón, siendo recibidos por todos con extremado regocijo.

—¡Ah, príncipe!—le dijeron.—No esperábamos volver á verte; pero bien merece María Morewna que por ella te hayas expuesto, pues aunque recorrieras todo el mundo no encontrarías otra semejante.

Hubo fiestas y regocijos, y después Iván y María volvieron á su reino.

FIN

ADMINISTRACIÓN: Manuel Pla y Valor: 38, principal MADRID.—Ramon Molinas: Cortes, 365 á 371, BARCELONA
RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTISTICA Y LITERARIA

Establecimiento tipolitográfico de La Ilustración Ibérica: calle de Cortes, 365 á 371.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid